Instructions for authors, subscriptions and further details:

<http://rasp.hipatiapress.com>

Efecto de la Edad en las Percepciones de Masculinidad en Hombres de la Región de la Araucanía, Chile

Juan Carlos Peña Axt¹, Valeria Boll Henríquez¹ y Loreto Arias Lagos²

1) Universidad Autónoma de Chile. Chile

2) Universidad de la Frontera. Chile

Date of publication: July 30th, 2018

Edition period: July 2018 - December 2018

To cite this article: Peña Axt, J.C., Boll Henríquez, V. y Arias Lagos, L. (2018). Efecto de la edad en las percepciones de masculinidad en hombres de la Región de la Araucanía, Chile. *Research on Ageing and Social Policy*, 6(2), 172-197. doi: 10.447/rasp.2018.3565

To link this article: <http://dx.doi.org/10.447/rasp.2018.3565>

PLEASE SCROLL DOWN FOR ARTICLE

The terms and conditions of use are related to the Open Journal System and to [Creative Commons Attribution License](#) (CCAL).

Effect of Age on Perceptions of Masculinity in Men from the Araucanía Region, Chile

Juan Carlos Peña Axt
Universidad Autónoma de Chile

Valeria Boll Henríquez
Universidad Autónoma de Chile

Loreto Arias Lagos
Universidad de la Frontera

(Received: 28 May 2018; Accepted: 14 June 2018; Published: 30 July 2018)

Abstract

This study proposes answers and reflections related to the perceptions of masculinity and gender roles present in men living in the communities with the highest rate of complaints of intrafamily violence in the region of La Araucanía - Chile. The new masculinities that question this traditional model and promote relationships based on equality. Under a quantitative methodology developed during 2016, the results indicate a greater tolerance and democratization of roles in young people between 18 and 29 years, which allows us to infer a conception of gender equity that is increasing by the new generations in comparison with those influenced by the traditional model of masculinity.

Keywords: hegemonic masculinity, gender violence, new masculinities, gender roles, democratization.

Efecto de la Edad en las Percepciones de Masculinidad en Hombres de la Región de la Araucanía, Chile

Juan Carlos Peña Axt
Universidad Autónoma de Chile

Valeria Boll Henríquez
Universidad Autónoma de Chile

Loreto Arias Lagos
Universidad de la Frontera

(Recibido: 28 mayo 2018; Aceptado: 14 junio 2018; Publicado: 30 julio 2018)

Resumen

Este estudio plantea respuestas y reflexiones a interrogantes vinculados con las percepciones de masculinidad y roles de género presentes en hombres radicados en comunidades con mayor índice de denuncias por violencia intrafamiliar (La Araucanía – Chile). Las nuevas masculinidades cuestionan el modelo tradicional y promueven relaciones igualitarias. Bajo una metodología cuantitativa desarrollada durante 2016, los resultados indican una mayor tolerancia y democratización de roles en jóvenes de entre 18 a 29 años, lo cual permite inferir una concepción de equidad de género que va en aumento por parte de las nuevas generaciones en comparación con las influenciadas por el modelo tradicional de masculinidad.

Palabras clave: masculinidad hegemónica, violencia de género, nuevas masculinidades, roles de género, democratización.

Este estudio tiene como objetivo reconocer cómo la edad tiene una influencia en las percepciones de masculinidad en los hombres de la Araucanía en Chile. Hablar de masculinidades es reconocer el peso histórico que esta socialización ha mantenido gracias a la legitimación del patriarcado (Connell, 2003). El proceso de socialización masculina es el principal factor que promueve las relaciones desiguales y con ello la violencia (Bourdieu, 2010), fenómeno que la literatura describe como un factor de riesgo en las relaciones establecidas incluso en edades tempranas, dado que los individuos reproducen los roles de género ya aceptados e inculcados a partir de la socialización (Kuhl, Warner, y Warner, 2015). De esta forma, la concepción de la mujer como ser sumiso, frágil, débil o inferior socialmente (Peña, Arias, y Sáez, 2017) ha contribuido a originar situaciones de desamparo debido a la comprensión social aceptada de que el hombre es concebido como un ser violento y poderoso (Bonino, 2002). Junto a esto, los procesos de socialización masculina se complementan entre las influencias derivadas de las interacciones familiares, el contacto y la experiencia vivida con los pares, los aprendizajes y modelajes derivados de los sistemas educativos y lo transmitido por los programas de televisión (Olavarría, 2003). De esta manera, las diversas concepciones de masculinidad no pueden interpretarse de manera individual, sino que más bien desde una óptica vinculada a lo colectivo, influenciada y caracterizada por patrones interaccionales que los mismos hombres generan dentro de instituciones sociales y en compañía de su grupo de iguales (Kimmel, 2000; Connell, 2003). Gracias a estas interacciones colectivas es que los teóricos refieren que uno de los principales componentes dentro de la construcción identitaria de los hombres se encuentra vinculada a las muestras de virilidad y violencia que éstos expresan en sus espacios de interacción social (Rivas, 2005; Rodríguez, 2015), muy de la mano de la convivencia cotidiana que les insta constantemente a demostrar su condición de virilidad también frente a otros hombres (Kimmel, 2008).

Las investigaciones de violencia de género con mayor aceptación académicamente, apuntan como causa de este fenómeno a los procesos de socialización diferenciados entre hombres y mujeres (Kalof, 1993; Mahlstedt y Welsh, 2005; Cizino, De Almeida, y Alves, 2008). Se ha establecido además que la presencia histórica de la masculinidad hegemónica dentro de

la sociedad se ve directamente relacionada con el aumento de los porcentajes de violencia de género y la construcción social de este tipo de masculinidad (Bourdieu, 2010). Kimmel (2008) afirma que la percepción de pérdida del poder masculino respecto a las mujeres se constituye también en una causa que da origen a este fenómeno, ante lo cual, la encuesta IMAGES (2011) desarrollada en Chile, expone entre sus resultados la necesidad de que los hombres desarrollen interés y se sientan reconocidos por las problemáticas de desigualdad de género, al considerarlos como actores principales en la transformación de esta problemática. De esta manera, no puede desconocerse que si bien la masculinidad hegemónica se identifica como el modelo predominante a nivel social (Connell, 2003), resalta el surgimiento de las nuevas masculinidades alternativas (Flecha, Puigvert, y Ríos, 2013) que atienden la necesidad de replantear el concepto de masculinidad, a partir de la experiencia voluntaria de muchos hombres que deciden generar relaciones sanas y libres de violencia distintas a las establecidas tradicionalmente (Boscán, 2008). Gracias a los estudios que visualizan cambios en estas concepciones, es que las nuevas generaciones se han mostrado con una visión más transformadora y contraria al patriarcado (Sanfélix, 2011), rechazando estereotipos y cuestionando los roles tradicionales (Benavides, Villarán, y Cueto, 1999; Rondán, 2015). Promover la inclusión del hombre a los roles que antes se le prohibía por ser considerados femeninos, ha dado pie a que se reconozcan y desarrollen vínculos democratizadores en espacios de responsabilidad paternal, labores domésticas e igualdad ante situaciones sociales (Sanfélix, 2011).

El presente artículo, forma parte de un estudio desarrollado en 2016, con fondos de apoyo para la investigación de la Dirección de Investigación y Postgrado de la Universidad Autónoma de Chile, sede Temuco, el cual se desarrolló en las comunas de Lumaco, Cholchol y Puerto Saavedra, todas ellas pertenecientes a la región de La Araucanía – Chile. El documento presenta antecedentes vinculados a aspectos de socialización, masculinidades y violencia de género, presentando sus principales características y reflexiones, dando paso así al trabajo de campo desarrollado en las comunas mencionadas anteriormente y que poseen los mayores índices de violencia intrafamiliar por denuncias realizadas. A través de una estrategia cuantitativa descriptiva, se exponen los principales resultados, en

donde su análisis y conclusiones permiten visualizar un acercamiento de corte general a la realidad de los hombres de la región, así como también a los modelos de masculinidad, las creencias y los valores que se les atribuye.

Socialización y Socialización de Género

El proceso de socialización es un eje primordial si hablamos de las desigualdades de género existentes entre hombres y mujeres (Bourdieu, 2010; Espinar, 2007). Hay autores que indican que la socialización es el proceso de inducción por el cual la persona se vincula con el mundo social objetivo o con un fragmento de él, aprehendiendo lo “normal” mediante la generación de diversas interacciones que el individuo logra establecer (Berger y Luckmann, 1986; Flecha, Puigvert, y Redondo, 2005). De esta forma, el punto de llegada para constituirse como un ser social se consigue mediante la adquisición de valores, pautas y normas que son entregados y transmitidos transgeneracionalmente por la cultura y que permiten al individuo convivir activamente con su entorno (Espinar, 2007). Cuando hablamos de socialización de género, Beauvoir (2001) ya indicaba en los 50 que ésta obedece a una construcción social derivada de los procesos de socialización diferenciados entre hombres y mujeres. Desde la niñez, la familia es la responsable de potenciar esta identidad mediante la designación de roles y expectativas que la sociedad espera del nuevo individuo (Herrera, 2000). Los roles han de transmitirse mediante la enseñanza de patrones y pautas de comportamiento diferenciados de acuerdo al género en distintos espacios sociales, aspectos que se ven potenciados a futuro principalmente en los ámbitos laborales y profesionales (González, 1999). De esta manera, las conductas son reforzadas y predichas por los estereotipos de género, que buscan fortalecer la conducta esperada y potenciar el sentido de pertenencia cuando el individuo se refleja, acepta y se integra a los estereotipos dominantes establecidos por la sociedad (González, 1999).

Los roles transmitidos por la familia, los estereotipos de comportamiento de acuerdo a la identidad formada y su reforzamiento (Expósito, 2011) han generado una mayor presión social ejercida hacia los varones como consecuencia del constante refuerzo de su virilidad frente a mujeres como también ante sus pares (Connell, 2003; Kimmel, 2008). Esto ha originado

una histórica desigualdad en torno al poder y una legitimación de dominación masculina respecto de las mujeres, lo cual las ha relegado a ser concebidas como seres pasivos (Beauvoir, 2001). Junto a lo anterior, los procesos de socialización marcados por la predominación masculina han logrado la conformación de la ciudadanía a través de la misoginia y la dominación, ambas naturalizadas socialmente, ejercidas mediante la violencia y presentes en diversos planos sociales que van desde la política hasta el arte (Tjeder, 2010; Bourdieu, 2010). Por tanto, la literatura nos afirma que la violencia de género no se produce a partir de un problema vinculado a lo sexual dentro de las interacciones que establecen hombres y mujeres, sino que responde a un fenómeno con presencia histórica, que se basa en la reproducción y legitimación de estructuras dominantes entre los géneros manifestadas a través del ejercicio del poder y el control (Cantera, 2007; De Alencar-Rodrigues y Cantera, 2012; Calvo y Camaño, 2014; Arranz, 2015; Oliver y Valls, 2004).

Masculinidades y Violencia de Género

Los estudios relacionados al análisis de la masculinidad se inician de la mano de la psicología social norteamericana en los años 50, en donde se afirmaba que la concepción de lo masculino se ligaba estrechamente con su sexo biológico, obedeciéndole tanto las características psicológicas como morfológicas a esta condición sexual (Martin, 2007). En la década de los 70, esta concepción comienza a mostrar sus primeros cambios al ser incorporada a los movimientos feministas de la época que buscaban respuestas sobre las causas que originaban la dominación y por ende, la sumisión de las mujeres, concluyendo así la idea de que la masculinidad es dinámica y diversa, asociada a lo social y cultural (Martin, 2007). Ya en América Latina, los estudios establecían a los varones y las masculinidades como un objeto de estudio claro para la reflexión y análisis dentro de las ciencias sociales (Olavarría, 2005), lo cual permitió en Chile que las investigaciones se centraran en un primer comienzo sobre la construcción de masculinidades en América Latina y su vinculación con aspectos como trabajo, sexualidad y reproducción, paternidad y violencia (Olavarría, 2009). Considerando que la masculinidad es dinámica y diversa, Kimmel (2008) refiere que son los

diversos contextos de interacción y las características que se conjugan para formar la identidad del individuo, los que permiten articular las diversas formas de entender la masculinidad. Connell (2003) plantea que la masculinidad existe solo cuando se realiza un contraste con la feminidad, respondiendo a los estereotipos de ser pasivo, no violento y no dominante que a éste último se le han atribuido socialmente.

Gracias a los estudios y análisis que se han centrado en la socialización de los hombres, se ha abierto el debate dentro de la comunidad científica frente a la necesidad de estudio de esta temática (Gómez, 2004). Así, se ha definido como *masculinidad hegemónica* a la socialización masculina predominante a través de la historia, la cual responde a la legitimación del patriarcado (Connell, 2003). Alberdi (2005) y Connell (2003) refieren que la dominación predominante a través de la masculinidad hegemónica no se genera por la naturaleza del hombre, sino que por pautas aprehendidas de socialización, influenciadas por la cultura y que conciben a la mujer como ser receptivo de dominación dada su inferioridad social (Peña et al., 2017), lo cual vincula directamente a la masculinidad hegemónica como causa de la violencia en contra de las mujeres (Villaseñor-Farías, 2003). Del mismo modo, la masculinidad hegemónica se ha establecido como un modelo en las relaciones de géneros también con otros hombres, en donde se mantienen las premisas internas de subordinación, complicidad y marginación (Connell, 2003). También llamada *masculinidad tradicional* (Flecha et al., 2013) a este modelo se le atribuyen comportamientos desigualitarios, violentos y dominantes en la interacción, obedeciendo a ser un formato normativo del género por el cual la sociedad establece qué es ser hombre y qué no (Bonino, 2002). En Chile, las investigaciones vinculadas con la construcción de la masculinidad indican que existe una predominancia considerable de masculinidad hegemónica, incorporándose no solo en la subjetividad de hombres sino que también en la de mujeres (Valdez y Olavarría, 1998; Olavarría y Parrini, 2000; Barrientos et al., 2009; Salinas y Barrientos, 2011; Salinas, Barrientos, y Rojas, 2012). Así, Olavarría y Parrini (2000) visualizan que la sociedad chilena tiende a separar los roles de género, otorgándole a la mujer la responsabilidad del hogar y los hijos, a diferencia del hombre quien es el encargado del sustento del hogar. Investigaciones chilenas reflejan que dentro de espacios de desarrollo laboral, existe un

discurso discriminatorio dirigido directamente a las mujeres que trabajan en ambientes de esparcimiento dentro del sector minero (Salinas y Barrientos, 2011; Salinas et al., 2012), así como también en ambientes de diversión masculina en general, donde se replican estas relaciones de género discriminatorias hacia las mujeres, además de la reproducción de elementos propios de la masculinidad hegemónica (Barrientos et al., 2009). Silva y Espinoza-Tapia (2015) desarrollaron un estudio en donde refieren que los procesos de subjetivación de la masculinidad a través de la socialización en el norte de Chile, poseen una gran influencia de masculinidad hegemónica, en donde ésta es absolutamente dominante.

Considerando que la masculinidad posee diversos modelos de construcción social, se hace importante realizar cambios significativos para eliminar la concepción hegemónica y reconocer nuevos tipos de masculinidad que luchan a la par con la inequidad de género existente (Araujo y Rogers, 2000). El hecho de que la masculinidad sea dinámica y dependa de factores culturales es un aspecto a favor visualizado por Fuller (2001), ya que puede constituirse en una herramienta positiva para la transformación de la masculinidad tradicional, si además consideramos lo planteado por Connell (1987) al referir que el hombre también puede cambiar su actuar por iniciativa propia. Estas afirmaciones son congruentes a las investigaciones que indican que la masculinidad hegemónica convive con otros tipos de masculinidad (Carabí, 2000; Kimmel, 2000; Gilmore, 1994; Seidler, 1994, 2006; Flecha et al., 2013). Estos tipos de masculinidades son denominadas como *nuevas masculinidades* (Carabí, 2000) o *nuevas masculinidades alternativas* (Flecha et al., 2013) y nacen a partir de reconocer la necesidad de una nueva forma de vivir la masculinidad con características anti sexistas y anti homofóbicas (Carabí, 2000). A diferencia del modelo tradicional, éstos no son sexistas o violentos, promueven la igualdad y logran combinarla con la atracción y el deseo sexual (Flecha et al., 2013). El modelo de hombre asociado a las nuevas masculinidades posee características de autoconfianza y un rechazo explícito al doble estándar (Gómez, 2004), además de querer abandonar los parámetros establecidos por la masculinidad hegemónica que reprime y coarta sus acciones y formas de pensar (Boscán, 2008). Actualmente, nuestras sociedades se abren cada vez más al diálogo y entienden que existe un cambio en los roles de género que

permiten adentrarnos en modelos más igualitarios (Flecha et al., 2005). Ya desde la socialización, se observa que los hombres jóvenes logran tomar distancia en cuanto a los estereotipos de género que promueven discriminación (Benavides, Villarán, y Cueto, 1999) y que los colegios brindan espacios para cuestionar activamente las concepciones tradicionales de género y sus roles, desarrollando así que sus estudiantes se alejen de la inexpressividad emocional que fomenta la masculinidad tradicional (Fuller, 2001; Rondán, 2015).

Ante esta nueva forma de vivir la masculinidad, el estudio desarrollado por Sanfélix (2011) plantea que el surgimiento actual de las nuevas masculinidades es impulsado por jóvenes de mediana edad, procedentes de ambientes urbanos, con un nivel educativo medio-alto y que han convivido con un referente de igualdad o incluso, desde jóvenes, se han mostrado contradictorios al orden patriarcal. Esto puede ser consecuencia de la influencia que las nuevas generaciones poseen de la mano de la escuela, la cual concreta un control en los regímenes de género (Connell, 2001), la familia y el Estado, sistemas determinantes si consideramos la experiencia igualitaria y flexible en los jóvenes que empiezan a consolidar otro tipo de relaciones de pareja y de interacción con su entorno, permitiendo hacer frente a la violencia de género (Flecha et al., 2013; Sanfélix, 2011). Promover la prevención de la violencia de género facilita el cuestionamiento realizado por las nuevas masculinidades al modelo tradicional, generando actitudes que promuevan las relaciones afectivas y sexuales basadas en la no violencia y en concepciones igualitarias y democráticas (Flecha et al., 2005). Además, se visualizan simpatías desde las nuevas masculinidades que giran en torno a la indignación por las desigualdades de género, un sentido de injusticia, orientación sexual, la influencia de un amigo, familiar o colega, el sentido de compartir la misma opresión, horror ante las expresiones de violencia o la culpabilidad que podría provocar el hecho de el hombre goza de mayores privilegios que las mujeres, etc. (Kaufman, 2008), dejando entrever una actitud positiva de los jóvenes frente al cambio que se les reclama conscientemente y que extrapolan a la responsabilidad paternal, la igualdad en las labores domésticas y el respeto por la vida social de las mujeres (Sanfélix, 2011). De esta manera, al evidenciar la radicalización de los procesos democráticos podemos acercarnos a una vinculación femenino-

masculino más dinámica, igualitaria e inclusiva, basada en el respeto por las diferencias y facilitadora para la prevención de violencia de género (Flecha et al., 2005).

Las nuevas masculinidades ejercidas por los jóvenes muestran que ya no existe solo una forma de ser y vivir como varón, ya que, pese a la existencia y la convivencia con modelos hegemónicos de masculinidad, los movimientos sociales sugieren que la población se mueve cada vez más a un mayor respeto por la diversidad (Sanfélix, 2011). De esta forma, las nuevas masculinidades se caracterizan por hacer frente a la masculinidad hegemónica, yendo en contra de los parámetros y estereotipos establecidos y naturalizados socialmente, además de apoyar la lucha de igualdad de género mediante la promoción de la equidad en los roles (Carabí, 2000). De esta forma, los hombres pueden asumir más responsabilidades en el hogar y en la crianza de los hijos, abriendo más espacios para su desarrollo en el espacio privado (Carabí, 2000). Gracias a esto, podemos observar que la transformación de creencias y la adopción de modelos alternativos de masculinidad trae un crecimiento que permite desestabilizar los parámetros tradicionales y generar nuevas alternativas de cambio (Ramírez, López, y Padilla, 2009), superando así la violencia de género al potenciar y fomentar en los hombres la construcción de nuevas masculinidades que basen sus relaciones en la igualdad (Flecha et al., 2013).

Metodología

El estudio desarrollado responde a una metodología cuantitativa descriptiva no experimental, cuya recogida de datos se basa en corte transeccional. Para la elección de las comunas integradas al estudio el criterio se vinculó con aquellas que presentaran mayores índices de violencia hacia las mujeres de acuerdo al número de denuncias por Violencia Intrafamiliar por número de habitantes mujeres por cada 10 mil habitantes según los datos entregados por Fiscalía Regional de la Araucanía. De acuerdo al criterio de selección vinculado a las comunas con mayores tasas de violencia, se estableció que las más significativas dentro de la región corresponden a Lumaco con una tasa de 199,5 denuncias por cada 10 mil habitantes mujeres. Le sigue la comuna de Cholchol con una tasa de 198,76 denuncias. Por último Puerto Saavedra, con una tasa de 183,48 denuncias por violencia hacia la mujer por

cada 10 mil habitantes (mujeres). La muestra participante se compone de 471 hombres radicados en las comunas antes mencionadas, la cual se distribuye en un 35,5% en Puerto Saavedra, 32,5% en CholChol y un 32,1% en la comuna de Lumaco. Esta selección para la muestra se generó a partir de un muestreo no probabilístico intencionado por cuotas, otorgándole al investigador una mayor capacidad en la toma de decisiones al momento de aplicar los criterios de inclusión en la muestra (Canales, 2006). Estos criterios obedecen a los siguientes: a) hombre de entre 18 a 60 años de edad y b) habitante de las comunas seleccionadas para el estudio (Lumaco, CholChol y Puerto Saavedra). De acuerdo a los resultados del total de la muestra los porcentajes por edades quedaron de la siguiente forma: el 34,7% de los encuestados se encontraban dentro del rango edad de 18 a 29 años, un 19,4% correspondió al de 30 a 39 años, 18,3% se encontraba dentro del rango de 40 a 49 años, el 17,4% entre los 50 y 59 años, para finalizar con un 10,2% correspondiente a encuestados de entre 60 años y más.

Aquellas variables que hacían referencia a la pertenencia de pueblo originario y actividad desarrollada o situación laboral para el total de la muestra, dieron a conocer que un 32,5% de la muestra se reconoció como perteneciente a la etnia mapuche, frente a un 67% reconocido como chileno. En tanto para la segunda variable vinculada a situación laboral, el 76,2% de los individuos se encontraba ejerciendo alguna actividad remunerada, un 11,9% en situación de cesantía, 7,2% estudiando en algún establecimiento de educación y un 10% se declaró desarrollando otras actividades o simplemente ninguna. Vinculado al instrumento de recolección de información, éste se constituyó de 37 preguntas cerradas, privilegiando la aplicación dentro de las comunas seleccionadas y cara a cara por parte de los/as encuestadores/as, quienes se rigieron por conductos éticos como la confidencialidad en identidad de la muestra y la participación voluntaria de éstos. El proceso de análisis de datos se desarrolló a través de estadísticas descriptivas que permitieron conseguir un acercamiento más o menos general a la realidad de los hombres y los modelos de masculinidad dentro de las comunas seleccionadas. En este análisis se identificaron elementos vinculados a los estereotipos de género, algunas justificaciones para el uso de la fuerza y creencias relacionadas a las masculinidades. A pesar de que la encuesta no es representativa, este instrumento entregó la posibilidad de

presentar un acercamiento al modelo de masculinidad dominante, así como sus principales características.

Resultados

Los resultados del estudio han evaluado distintas variables asociadas a los roles que deben asumir hombres y mujeres en el hogar, así como también algunos asociados a los valores existentes. Según los resultados, éstos muestran que si bien hay variables en las cuales existen porcentajes de valores asociados a las masculinidades tradicionales o hegemónicas, al ser segregados por edad denotan un cambio en los valores masculinos que predominan en las poblaciones más jóvenes.

Con respecto a la primera variable asociada a la participación de la mujer en distintos ámbitos, el 82,9% de los encuestados considera positivo el aumento del número de mujeres dentro del ámbito laboral y estudiantil, atribuyendo que la mujer posee iguales derechos que el hombre. Sin embargo, un 5,8% de los encuestados no aceptan esta situación, por creer que la mujer se ha tomado muchos derechos y atribuciones (2,8%), o porque sencillamente esa no es labor de la mujer, ya que a ésta le correspondería el cuidado del hogar e hijos (3%). Si además consideramos que el 10,9% de los hombres encuestados condicionan la participación de la mujer en estos ámbitos siempre que no descuiden las labores del hogar, entonces nos arroja un 16,7% de hombres que creen que una mujer no puede optar de forma libre por trabajar fuera del hogar, o a estudiar debido a su rol como dueña de casa. Al ser consultados respecto al aumento de mujeres en distintos ámbitos de la sociedad (trabajo, universidades etc.) en los rangos de edad más jóvenes comprendidos desde los 18 a 29 años y de los 30 a 39 años, más del 80% de los encuestados receptionan positivamente el aumento en la participación de las mujeres tanto en educación como en el espacio laboral. Siendo de 89,6% en aquellos del primer rango etario y 82,4% en el segundo. A medida que aumenta la edad se aprecia que los porcentajes disminuyen, siendo de 76,7% en el rango que va de los 40 a los 49 años y de 73,2% en el de 50 a 59 años. En cuanto a la respuesta que refiere la aceptación de participación femenina condicionada por el no descuido de las labores del hogar, se observa que las variaciones son por rango etario son muy

importantes, ya que pasan de un 6,7% en el rango de 18 a 29 años, llegando al 18,6% en el rango de los 40 a 49 años y de 17,1% en el rango de 50 a 59 años. Estos índices denotan claramente que la pregunta que vincula la participación condicionada de la mujer en distintos ámbitos con las labores del hogar está asociada a una cuestión de edad.

Cuando los hombres fueron consultados respecto a rol que debe ocupar la mujer y el hombre en el hogar, los porcentajes más importantes de estas dos preguntas, tanto del rol del hombre con un 72,9% y del rol de la mujer con un 70,1%, los encuestados creen que ambos deben aportar en la misma medida. A diferencia y digno de considerar, encontramos contrastes significativos en ambas preguntas respecto al rol de dueño de casa y/o cargo de la crianza de los hijos, y el de proveedor/a económico del hogar. De este punto los resultados arrojan que el 1,7% de los encuestados cree que el rol de dueño de casa y crianza de los hijos le compete al hombre, y un porcentaje mayor de un 26,4% considera que esta tarea la debe cumplir exclusivamente la mujer. Algo similar ocurre en cuanto al rol de proveedor, observando que ante la pregunta, un 23,0% de los encuestados dice que este es rol del hombre, y sólo un 0,9% cree que es un rol que puede desarrollar la mujer. Diferenciados según rango de edad, los resultados arrojan diferencias importantes en cuanto a la importancia del rol que debe ocupar la mujer en el hogar. En primer lugar, encontramos que en los más jóvenes, los hombres manifiestan con un 23,3% y un 18,8% que las mujeres deben ocuparse de las labores domésticas (18-20 años y 30-39 años respectivamente) frente a un 40,2% y un 35,2% para los mismos rangos respectivamente, que consideran que la participación de las mujeres en el hogar debe ser igual que la de los hombres. En cuanto avanza la edad de los encuestados, frente a esta misma pregunta los porcentajes suben a un 29,1% y 28% planteando que las mujeres deben estar vinculadas a las tareas domésticas (rangos de 40-49 y 50-59 años, respectivamente). Se observa un aumento importante entre los encuestados mayores de 60 años, quienes consideran en un 42% que las mujeres deben ocuparse de las labores del hogar. A medida que avanza el rango etario de los encuestados, se observa que existe una considerable disminución vinculada al porcentaje de hombres que creen que la mujer debe aportar de igual manera que el hombre. Así, por ejemplo, se presenta un 40,2% en hombres de 18 a 29 años, un 35,2% en hombres de 30 a 39 años,

un 31,4% en aquellos de 40 a 49 años, un 29,3% en hombres de 50 a 59 años, y por último un 25,5% en mayores de 60 años.

En cuanto al rol que debe ocupar el hombre dentro del hogar, los encuestados de los grupos más jóvenes manifiestan una mayor apertura en cuanto a los roles que se asocian. Así, por ejemplo, en los rangos de edad que van de los 18 a 29 y de los 30 a 39 años, los encuestados sostienen que deberían ser proveedores económicos con solo un 17,7% y 16,5% respectivamente. Estos porcentajes aumentan considerablemente en los rangos que van de 40 a 49, de 50 a 59 y en mayores de 60 años con un 29,1%, 31,7% y 31,2%, respectivamente. De igual forma, en esta misma pregunta los porcentajes tienen una asociación respecto a la edad. Por ejemplo, los porcentajes cambian al responder que deben trabajar y aportar en la misma medida que las mujeres. Ante esto, los porcentajes más altos se vinculan a los grupos más jóvenes. Así, los rangos de 18 a 29 años, presentan un 43% de encuestados que plantean que tanto hombres como mujeres deben trabajar en la misma medida, frente a un 37% del grupo que va de 30 a 39 años. Conforme avanza la edad, los porcentajes comienzan a disminuir. De esta forma, para el rango que va de 40 a 49 años este porcentaje alcanza el 27% y para el de 50 a 59 años y mayores de 60 años, son de un 28% y 29%, respectivamente.

Otro elemento que parece relevante para conocer las masculinidades, es en lo relativo a la autoridad dentro del hogar ¿Quién debe ejercer la autoridad en el hogar? Para esta interrogante, un 79,7% de los hombres creen que la autoridad en un hogar debe ser ejercida por ambos, esto es que la autoridad debe estar dividida entre el hombre y la mujer. En cuanto a los que piensan que la autoridad debe ser ejercida por las mujeres este porcentaje cae al 2,8% de los encuestados. Mientras que el porcentaje de quienes sostienen que la autoridad debe ser ejercida por el hombre se eleva al 11,5% produciéndose una diferencia de un 8,7% entre los primeros y los segundos. Por último, un porcentaje relativo al 6% de los encuestados, creen que en un hogar no debería existir autoridad. Al ser segregados por grupos etarios, los porcentajes se muestran diferenciados y con índices mayores en los extremos de la muestra cuando sostienen que la autoridad debe ser ejercida por el hombre. Así, por ejemplo, en los rangos que van de 18 a 29, de 30 a 39 y los mayores de 60 años, los porcentajes son de un 12,3%, 13,2% y 12,8%,

respectivamente. Estos porcentajes disminuyen levemente en los rangos etarios que van de 40 a 49 años y de 50 a 59 años, con porcentajes 10,5% y 8,5%, respectivamente. En este sentido, se sostiene que los porcentajes vinculados a hombres que proponen que la autoridad del hogar debe ser compartida, transitan por una etapa de madurez en cuanto a las relaciones de pareja, a diferencia de los hombres más jóvenes que se muestran a favor de una autoridad masculina dentro del hogar.

Cuando los hombres fueron consultados sobre quién debe ser sustentar económicamente el hogar, la mayoría de los encuestados creen que tanto el hombre como la mujer deben cumplir esta labor (48,9%), o quien se encuentre trabajando (34,9%). Por el otro extremo, se observa una diferencia importante cuando un 15,5% de los encuestados asumen que el hombre debe cargar con el sustento del hogar, frente a un 0,2% de hombres que creen que la mujer debe desarrollar ese rol. Nuevamente al ser segregados por edad, los comentarios más democráticos en cuanto a esta pregunta son de los rangos más jóvenes, frente al aumento proporcional con la edad de quienes consideran que el sustento es un rol masculino. De esta forma, el rango que va de 18 a 29 años atribuye con un 11% este rol al hombre. En los encuestados de 30 a 39 años ese porcentaje disminuye levemente a un 10%. Sin embargo, a partir de los 40 a 49 y de los 50 a 59 años, los porcentajes suben de manera considerable en un 16,5% y 22%, respectivamente, llegando hasta el 29% en los encuestados mayores de 60 años.

Frente a la pregunta ¿Participa usted de las labores domésticas? El 4,1% de los encuestados dice participar de igual forma y medida que su pareja. Si sumamos el 10,2% de aquellos hombres que dicen encargarse completamente de las tareas del hogar, nos arroja un 51,8% de encuestados que tienen una considerable participación en las labores domésticas. En contraste a esto, existe un 39,4% de hombres que tienen una escasa participación en las labores del hogar, debido al trabajo remunerado que realizan, y un 7,9% de hombres que dicen que debe ser la mujer la encargada de las labores domésticas. De esta forma, obtenemos un importante 47,3% de hombres que no tienen una participación significativa en las labores del hogar. Para la respuesta que atribuye a la mujer el desarrollo de las labores domésticas, la segregación por edad nos entrega nuevamente porcentajes de jóvenes se muestran más participativos con sólo un 5,5%, en contraste con

un 9,9% en el rango de 30 a 39 y un 9,4% en el rango de 40 a 49 años. En los adultos mayores 60 años, el porcentaje llega al 10,4%.

Un elemento importante a destacar está relacionado con las relaciones afectivas sexuales entre personas del mismo sexo, ante lo cual, los resultados son relevantes. En este sentido, los resultados señalan que los hombres más jóvenes se muestran mucho más tolerantes respecto a este tipo de relaciones. Los hombres que señalan que las relaciones de personas del mismo sexo están mal, alcanzan índices de un 36,5%. Mientras que los que consideran que este tipo de relaciones están bien, son de un 29%. Diferenciados por edad, tal como se mencionó anteriormente los jóvenes se muestra un poco más tolerantes que los hombres más adultos. Así, por ejemplo, entre los jóvenes de entre 18 a 29 años, un 27,4% consideran que las relaciones entre personas del mismo sexo están mal frente a un 30% quienes consideran que están bien. Mientras que por el otro extremo, los rangos de 50 a 59 y los mayores de 60, consideraron que está mal en un 45% y 62,5%, respectivamente. Aquellos situados en los mismos rangos y que consideran que las relaciones afectivas sexuales entre personas del mismo sexo están bien, son solo un 26,8% y un 16,7%, respectivamente.

Sobre la pregunta ¿Quién debe estar a cargo del cuidado y crianza de los hijos? Un 90,4% de los hombres cree que ambos padres deben tomar la misma responsabilidad en este aspecto. Aunque el dato es bastante positivo, los datos arrojan que de igual forma hay distinción en edades, por ejemplo, si analizamos el porcentaje restante, el 0,2% de los encuestados cree que el cuidado y crianza de los hijos es responsabilidad exclusiva del padre, pero en su contraste, un 7,9% de ellos menciona que el cuidado y la crianza de los hijos en un hogar es responsabilidad exclusiva de la madre. En comparación con los grupos extremos referidos a los jóvenes de 18 a 29 y los mayores de 60 años, se muestran diferencias significativas en cuanto a manifestar que es responsabilidad exclusiva de la madre con un 4,3% para el primer grupo, frente a un 14,9% para el segundo grupo. Esto se traduce en una diferencia de más de 10 puntos porcentuales.

Por último, en cuanto a las percepciones sobre igualdad salarial y ante la pregunta ¿Una mujer debería ganar más que el hombre? Un importante 93,4% de los encuestados no asignan importancia al hecho de que la mujer reciba una mayor remuneración laboral que el hombre. Un 21,3% de los

encuestados afirma que no es importante o le es indiferente mientras ambos aporten para el hogar y un 72,1% plantea que da igual quién gane más en el hogar. Por último, el 6,2% de los encuestados creen que se ve mal el hecho de que la mujer sea quien perciba mayor salario, ya que debe ser el hombre quién gane más. Al analizar los rangos por edad, nuevamente encontramos resultados que poseen relación con la edad de los encuestados y las percepciones acerca de la masculinidad. Así, entre los hombres de 18 a 29 años, tan solo un 2,4% responde que se ve mal el hecho de que la mujer reciba mayor salario que el hombre. Este porcentaje comienza a aumentar con la edad de los encuestados, ya que en el rango de 30 a 39 años el porcentaje aumenta al 8,8%. En el rango etario de 40 a 49, el porcentaje es de 9,3%. Por último, en el rango de 60 años y más, el porcentaje asciende a un 10,4%, por lo cual podemos afirmar que a mayor edad, mayores percepciones de masculinidad.

Discusión y Conclusiones

De acuerdo los resultados obtenidos en esta investigación, se pueden observar dos elementos importantes respecto a las masculinidades y de cómo estas se manifiestan. En primer lugar, existe una tendencia respecto a las apreciaciones y valores que tienen los hombres respecto a los roles que deben cumplir tanto hombres como mujeres dentro del hogar, quién debe ejercer la autoridad, participación en las tareas domésticas, etcétera, las cuales se encuentran vinculadas a la presencia de masculinidad hegemónica. En segundo lugar, aunque este tipo de masculinidad se mantiene presente, hay una tendencia al cambio especialmente en los grupos por edad más jóvenes. Tal como se ha visto en el estado de la cuestión, la masculinidad es una construcción social y las investigaciones en Chile dan cuenta que estos elementos socializadores están presentes sobre todo en adultos. Así, por ejemplo, existe un 5% de los encuestados que ve con malos ojos la participación de la mujer en distintos ámbitos, demostrando la predominancia de masculinidad hegemónica (Connell, 2003) entre los hombres encuestados de las comunas seleccionadas. De esta forma, los resultados no hacen más que confirmar esta predominancia en distintos ámbitos de la sociedad chilena (Olavarría, 2000; Barrientos et al., 2009;

Salinas y Barrientos, 2011) y en este sentido, dentro de las comunas en las cuales se aplicó el instrumento (Peña et al., 2017).

Es sumamente necesario abordar que, si bien existe presencia de masculinidad hegemónica, en todos los análisis que se realizaron existe una tendencia al cambio en las edades más tempranas. Esto implica que en las edades que comprenden de 18 a 29 y de 30 a 39 años, las apreciaciones respecto a los distintos aspectos abordados en la encuesta muestran una tendencia al cambio. En este sentido, los resultados apuntan hacia una construcción que avanza hacia las nuevas masculinidades (Carabí, 2000; Flecha et al., 2013). En todas las variables analizadas se puede ver claramente que la tendencia hacia la masculinidad hegemónica posee una predominancia en las edades más adultas y muy especialmente en los mayores de 60 años y los encuestados entre las edades de 50 a 59 años. Esto apunta claramente a que estos hombres fueron socializados en contextos de interacción muy diferentes a los que han sido experimentados por los jóvenes hoy en día. Los cambios en la sociedad, especialmente a partir de los movimientos feministas, sin duda traen consigo cambios culturales importantes de los cuales los hombres no se pueden restar y quedar ajenos. Es por este motivo, que estas transformaciones se ven reflejadas en los nuevos hombres o los jóvenes (Connell, 2001). Pero más aún, los resultados apuntan a un cambio en edades tempranas (Sanfélix, 2011; Connell, 2001). Esto puede estar relacionado con distintos aspectos que deben ser investigados y profundizar qué tan importantes son y dónde deben ser reforzados. Conocer (por ejemplo) qué sucede con los jóvenes en etapas escolares, en donde se reciben los principales estímulos de interacción grupal y por modelaje. Esta tendencia al cambio sin duda está relacionada con una sociedad más flexible en donde los modelos de familia, Estado, educación son más permeables y exigen una participación de los sujetos activos y críticos. Estos cambios sustanciales en la sociedad en la que los jóvenes son mucho más activos, permiten el cuestionamiento de viejos modelos como el patriarcado. Son los jóvenes quienes se muestran más democráticos no solo con la participación de la mujer en las distintas esferas de la sociedad, sino que además se muestran abiertos a realizar cambios de roles en los cuales sean ellos los que deban asumir el rol de dueños de casa y la mujer sea el sustento económico del hogar. Situación opuesta en las

edades más avanzadas. Los adultos continúan mostrándose contrariados respecto a distintos aspectos de la vida cotidiana y la relación con las mujeres en las que las nuevas generaciones ven con buenos ojos. Esto sin duda es importante para poder avanzar en el conocimiento que busque lograr establecer efectivamente cuánto se ha avanzado en igualdad de género. Hoy en Chile existe un movimiento feminista que demanda en las universidades y en la calle un trato igualitario. Los hombres sin duda no han estado por este cambio, pero los resultados de esta investigación indican claramente que los hombres jóvenes se muestran abiertos hacia un trato igualitario.

References

- Alberdi, I. (2005). Cómo reconocer y cómo erradicar la violencia contra las mujeres. *Violencia: Tolerancia Cero*. Programa de prevención de la Obra Social “la Caixa”. Barcelona: Fundación La Caixa.
- Araujo, K. & Rogers, F. (2000). El hombre ¿Existe? En Olavarría J. y Parrini R. (eds) *Masculinidad/es. Identidad, sexualidad y familia*. Primer Encuentro de Estudios de Masculinidad. Santiago, Chile: FLACSO- Chile/Universidad Academia de Humanismo Cristiano/Red de Masculinidad.
- Arranz, F. (2015). Meta-análisis de las investigaciones sobre la violencia de género: el estado produciendo conocimiento. *Athenea Digital. Revista de Pensamiento e Investigación Social*, Marzo-Sin mes, 171-203. Retrieved from <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=53738690007>
- Barrientos, J., Salinas, P., Rojas, P., & Meza, P. (2009). Minería, género y cultura. Una aproximación etnográfica de esparcimiento y diversión masculina en el norte de Chile. *Revista de Antropología Iberoamericana*. 4(3). 385-408 Retrieved from <http://www.redalyc.org/pdf/623/62312914006.pdf>
- Beauvoir, S. (2001). El segundo sexo. Vol. II: La experiencia vivida. Madrid: Cátedra.
- Benavides, M., Villarán, V., & Cueto, S. (1999). Socialización escolar y educación en valores democráticos: el caso de las escuelas alternativas. En A. Panfichi y M. Válcárcel (eds.), *Juventud, sociedad*

- y cultura (pp. 133-170). Lima: Red para el Desarrollo de las Ciencias Sociales en el Perú.
- Berger, P. & Luckmann, T. (1986). *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Bonino L. (2002). Masculinidad hegemónica e identidad masculina. *Dossiers feministes*, 6, 1-35. Retrieved from <http://www.e-revistas.uji.es/index.php/dossiers/article/view/735/635>
- Boscán, A. (2008). Las nuevas masculinidades positivas. *Utopía y Praxis Latinoamericana*, 13 (4), 93-106. Retrieved from <http://www.redalyc.org/pdf/279/27904106.pdf>
- Bourdieu, P. (2010). *La dominación masculina y otros ensayos*. Buenos Aires: Editorial La Página.
- Calvo, G., & Camaño, R. (2014). La violencia de género: evolución, impacto y claves para su abordaje. *Enfermería Global*, 13(33), 424-439. Retrieved from http://scielo.isciii.es/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1695-61412014000100022&lng=es&tlng=es
- Canales, M. (2006). *Metodologías de investigación Social. Introducción a los oficios*. Santiago de Chile: LOM.
- Cantera, L. (2007). *Casais e violência: Um enfoque além do gênero*. Porto Alegre: Dom Quixote.
- Carabí, A. (2000). Construyendo nuevas masculinidades: una introducción. En Segarra, M. & Carabí, A. (Ed.) *Nuevas Masculinidades*. Barcelona: Icaria.
- Cizino, R., De Almeida, A., & Alves, C. (2008). Masculine Infidelity and Domestic Violence: Experience of a Group of Women. *Ciencia Y Enfermería - Revista Iberoamericana De Investigación*, 14(2), 39-46. Retrieved from <https://scielo.conicyt.cl/pdf/cienf/v14n2/art06.pdf>
- Connell, R. (1987). *Gender and power*. Sydney. Australia: Allen and Unwin.
- Connell, R. (2001). Educando a los muchachos: nuevas investigaciones sobre masculinidad y estrategias de género para las escuelas. *Nómadas (Col)*, (14), 156-171. Retrieved from <http://www.redalyc.org/html/1051/105115268013/>
- Connell, R. (2003). *Masculinidades*. México DF: Universidad Nacional Autónoma de México.

- De Alencar-Rodrigues, R., & Cantera, L. (2012). Violencia de género en la pareja: Una revisión teórica. *Psico*, 41(1), 116-126. Retrieved from <https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/5163211.pdf>
- Espinar, E. (2007). Las raíces socioculturales de la violencia de género. *Escuela Abierta*, 10, p. 23-48. Retrieved from https://rua.ua.es/dspace/bitstream/10045/12973/1/Espinar_Ruiz_Raices_socioculturales.pdf
- Expósito, F. (2011). Violencia de género. *Mente y cerebro*, 48(2001). Retrieved from <http://ezetz.moduloauzolan.org/files/2014/04/maltrato.pdf>
- Fiscalía de Chile (2016). Estadísticas. Retrieved from <http://www.fiscaliadechile.cl/>
- Flecha, A., Puigvert, L., & Redondo G. (2005). Socialización preventiva de la violencia de género. Feminismo/s, *Revista Del Centro De Estudios Sobre La Mujer De La Universidad De Alicante*, 6, 107- 120. Retrieved from https://rua.ua.es/dspace/bitstream/10045/3184/1/Feminismos_6_08.pdf
- Flecha, R., Puigvert, L., & Ríos, O. (2013). Las nuevas masculinidades alternativas y la superación de la violencia de género. *International Multidisciplinary Journal of Social Sciences*, 2(1), 88-113. doi: 10.4471/rimcis.2013.14
- Fuller, N. (2001). *Masculinidades. Cambios y permanencias*. Lima: Fondo editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Gilmore, D. (1994). *Hacerse hombre. Concepciones culturales de la masculinidad*. Barcelona: Paidós.
- Gómez, J. (2004). *El amor en la sociedad del riesgo*. Barcelona: El Roure
- González, B. (1999). Los estereotipos como factor de socialización en el género. *Comunicar*, 12, 79-88. Retrieved from <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=15801212>
- Herrera, P. (2000). Rol de género y funcionamiento familiar. *Revista Cubana de Medicina General Integral*, 16(6), 568-573. Retrieved from http://scielo.sld.cu/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0864-21252000000600008&lng=es&tlng=pt

- Instituto Nacional de Estadísticas de Chile – INE (2017). 2da entrega de resultados definitivos CENSO 2017. Retrieved from http://www.censo2017.cl/wp-content/uploads/2018/05/presentacion_de_la_segunda_entrega_de_resultados_censo2017.pdf
- IMAGES-Chile (2011). *Resultados de la Encuesta Internacional de Masculinidades y Equidad de Género*. Santiago: CulturaSalud/EME.
- Kalof, L. (1993). Rape-supportive attitudes and sexual victimization experiences of sorority and nonsorority women. *Sex Roles*, 29, 767-780. doi: [10.1007/BF00289217](https://doi.org/10.1007/BF00289217)
- Kaufman, M. (2008). *Los hombres, el feminismo y las experiencias contradictorias del poder entre los hombres*. Retrieved from <http://www.michaelkaufman.com/wp-content/uploads/2008/12/loshombres-el-feminismo-y-las-experiences-contradictorias-del-poderentre-los-hombres.pdf>
- Kimmel, M. (2000). *The gendered society*. New York: Oxford University Press.
- Kimmel, M. (2008). Los estudios de la masculinidad: Una introducción. En Carabí, A. & Armengol, M. (Ed.) *La masculinidad a debate* (pp.15-32). Barcelona: Icaria.
- Kuhl, C., Warner, F., & Warner, D. (2015). Intimate Partner Violence Risk Among victims of Youth violence: Are Early Unions Bad, Beneficial or Bening? *Criminology*, 53(3), 427-456. doi: [10.1111/1745-9125.12075](https://doi.org/10.1111/1745-9125.12075)
- Mahlstedt, L. & Welsh, A. (2005). Perceived causes of physical assault in heterosexual dating relationships. *Violence Against Women*, 11(4), 447-472. doi: [10.1177/1077801204273298](https://doi.org/10.1177/1077801204273298)
- Martin, S. (2007). *Los estudios de la masculinidad*. Barcelona: Mery Torras.
- Olavarría J. & Parrini R. (2000). *Masculinidad/es. Identidad, sexualidad y familia*. Primer Encuentro de Estudios de Masculinidad. Santiago, Chile: FLACSO- Chile/Universidad Academia de Humanismo Cristiano/Red de Masculinidad.
- Olavarría, J. (2003). ¿En qué están los varones adolescentes? Aproximaciones a estudiantes de enseñanza media, en Olavarría, José

- (Ed) (2003) *Varones adolescentes: Género, identidades y sexualidad en América Latina. Una mirada desde el género*, Santiago.FLACSO/UNFPA.
- Olavarría, J. (2005). La masculinidad y los jóvenes adolescentes. *Reflexiones pedagógicas*, 2. 46-55. Retrieved from <http://www.revistadocencia.cl/new/wp-content/pdf/20100731203649.pdf>
- Olavarría, J. (2009). (ed) *Masculinidades y Globalización. Trabajo y Vida Privada, Familia y Sexualidades*. V Encuentro de Estudios de Masculinidad/es. Chile: CEDEM / Red de Masculinidad/es.
- Oliver, E. & Valls, R. (2004). *Violencia de género. Investigaciones sobre quiénes, por qué y cómo superarla*. Barcelona: El Roure.
- Peña, J., Arias, L., & Sáez, F. (2017). Masculinidad, Socialización y Justificación de la Violencia de Género. El Caso de la Región de la Araucanía (Chile). *Masculinidades y Cambio Social*, 6(2), 142-165. doi: [10.17583/mcs.2017.2235](https://doi.org/10.17583/mcs.2017.2235)
- Ramírez, J., López, G., & Padilla, F. (2009) ¿Nuevas generaciones, nuevas creencias? Violencia de género y jóvenes. La ventana. *Revista de estudios de género*, 3(29), 110-145. Retrieved from http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1405-94362009000100006&lng=es&tlng=es
- Rivas, E. (2005). ¿El varón como factor de riesgo? Masculinidad y mortalidad por accidentes y otras causas violentas en la sierra de Sonora. *Estudios Sociales*, 13(26), 28-66. Retrieved from <http://www.redalyc.org/pdf/417/41702602.pdf>
- Rodríguez, R. (2015). Juegos de chicos, lesiones de jóvenes, muertes de hombres: masculinidades y prevención de la violencia. *Sociológica*, 30(84), 75-115. Retrieved from <http://www.scielo.org.mx/pdf/soc/v30n84/v30n84a3.pdf>
- Rondán, L (2015). ¿Construyendo una masculinidad «alternativa» desde la escuela peruana? Una aproximación a la socialización masculina del joven en un colegio limeño de orientación alternativa. *Debates en Sociología*, 41(4), 103-131. Retrieved from <http://revistas.pucp.edu.pe/index.php/debatesensociologia/article/view/14627/pdf>

- Salinas, P. & Barrientos, J. (2011). Los discursos de las garzonas en las salas de cerveza del norte de Chile. Género y discriminación. *Polis*, 10(29), 1-19. doi: [10.4067/S0718-65682011000200019](https://doi.org/10.4067/S0718-65682011000200019)
- Salinas, P., Barrientos, J., & Rojas, P. (2012). Discursos sobre la discriminación de género en los trabajadores mineros del norte de Chile. *Atenea*, 505(1) 139-158. doi: [10.4067/S0718-04622012000100007](https://doi.org/10.4067/S0718-04622012000100007)
- Sanfélix Albelda, J. (2011). Las nuevas masculinidades. Los hombres frente al cambio en las mujeres. *Prisma Social*, 7, 220-247. Retrieved from <http://www.redalyc.org/html/3537/353744579008/>
- Seidler, V. (1994). *Unreasonable Men- Masculinity and Social Theory*. Routledge: London.
- Seidler, V. (2006). *Masculinidades. Cultural Globales y vidas íntimas*. España: Montesinos.
- Silva, J. & Espinoza-Tapia, R. (2014). Cuerpos legítimos/ Ilegítimos: Sunbetivación de la masculinidad de hombres jóvenes en el norte de Chile. *Revista Prisma Social*, 13, 173-216. Retrieved from <http://www.redalyc.org/pdf/3537/353744532006.pdf>
- Tjeder, D. (2010). Las misoginias implícitas y la producción de posiciones legítimas: la teorización del dominio masculino. En Ramírez, J & G.Uribe, (Coord.) *Masculinidades. El juego de género de los hombres en el que participan las mujeres* (pp.59-84). Madrid: Plaza y Valdés.
- Valdés, T. & Olavarría, J. (1998). Ser hombre en Santiago de Chile: A pesar de todo, un mismo modelo. En Valdés, T. & Olavarría J. (Ed.) *Masculinidades y equidad de género en América Latina*. Santiago de Chile: FLACSO/UNFPA.
- Villaseñor-Farías, M. (2003). Masculinidad, sexualidad, poder y violencia: análisis de significados en adolescentes. *Salud pública de México*, 45, S44-S57.

Juan Carlos Peña Axt. Académico, docente e investigador Centro de Investigaciones Multidisciplinarias de la Araucanía CIMA, Universidad Autónoma de Chile. Instituto Estudios Sociales y Humanísticos de la Universidad Autónoma de Chile.

Valeria Boll Henríquez. Trabajadora Social, ayudante de investigación. Carrera Trabajo Social, Universidad Autónoma de Chile.

Loreto Arias Lagos. Doctorando en Ciencias Sociales, Núcleo de Ciencias Sociales y Humanidades Universidad de la Frontera.

Contact Address:

Universidad Autónoma de Chile, Instituto de Estudios Sociales y Humanísticos, Facultad de Ciencias Sociales y Humanidades. Avenida Alemania 01090, edificio A sexta planta, Temuco, Chile.

juan.pena@uautonoma.cl